

# Guerra y paz en Europa

RAFAEL L. BARDAJI  
Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

**A** PENAS tres años después de que se nos prometiera, tras la caída del muro de Berlín y el colapso del comunismo, una nueva arquitectura para Europa y un nuevo orden mundial, más sereno y libre de las tensiones que caracterizaron los años de guerra fría, en suma, tras las promesas de una nueva era de tranquilidad, Europa se encuentra cada vez más alejada de ese reino de la paz perpetua y las luchas se han adueñado de varias regiones del continente: en los Balcanes de manera bien evidente, como en Nagorno Karabag; pero también en Moldova, Georgia, Osetia del sur ...

Es más, muchos ciudadanos no pueden salir de su asombro viendo como dichos conflictos siguen abiertos, día tras día, mes tras mes, sin que pueda hacerse algo para detenerlos. Y es verdad, es una paradoja que Europa cuente hoy con la más alta densidad de organizaciones de seguridad por metro cuadrado de toda su historia y, al mismo tiempo, se muestre absolutamente incapaz de llegar a una acción común al respecto.

Pero no hay misterio en ello. En primer lugar, la idea de que la guerra había quedado desterrada de Europa reflejaba una concepción muy limitada de la misma, puesto que la guerra es impensable hoy por hoy sólo entre los actores principales que dan forma a eso que se llama el sistema europeo, aunque, como se ha visto desgraciadamente, no entre pueblos de un mismo Estado o entre Estados periféricos políticamente hablando. En segundo lugar, los europeos no solo son capaces de convivir con guerras abiertas en ciertas regiones de su periferia, sino que, además, pueden desentenderse en gran medida de estas luchas limitadas, porque no les afectan más que marginalmente.

## EL FINAL DE LA GUERRA RACIONAL

Ciertamente, cuando se limita a los países centrales de Europa, esto es, al conjunto de países avanzados de la Europa occidental, la argumentación de que la guerra es ya una opción política impensable, cobra cierto sentido. Tres son las razones principales que favorecerían la transición de un sistema que históricamente se ha basado en el recurso a la fuerza a otro donde la resolución de los conflictos pudiera realizarse sin violencia: en primer lugar, el notable incremento de los costes de cualquier acción bélica para obtener, en cualquier caso, unos rendimientos progresivamente decrecientes. En otras palabras, un nuevo cálculo económico de la guerra; en segundo lugar, los frenos democráticos que vuelven mucho más difícil para los líderes actuales movilizar a sus ciudadanos en campañas bélicas, especialmente si éstas se dirigen contra países también democráticos. Esto es, un nuevo cálculo político; finalmente, y como consecuencia de la interacción de los dos anteriores, el fuerte rechazo social a cualquier acción bélica. Esto es, una nueva cultura antibelicista y de la paz ampliamente extendida en las sociedades avanzadas.

El cálculo de beneficios y costes en el plano económico es relativamente claro. La ocupación física de una sociedad avanzada, cuya riqueza principal proviene de la utilización intensiva del conocimiento y la tecnología, no paga tantos beneficios como cuando la tierra -y sus recursos- era la principal fuente de riqueza de una nación. En verdad, la URSS se benefició del adelanto industrial y científico del III Reich, llevándose fábricas y laboratorios enteros, incluidos los científicos, pe-

ro a la larga, esa política de explotación a corto plazo se reveló absolutamente contraproducente.

Es más, una sociedad que hace del conocimiento uno de sus pilares de desarrollo, exige una alta transparencia en los intercambios de comunicación, libertad de información etc. Es decir, todo eso que caracteriza una sociedad abierta. Algo que entra en contradicción directa con lo que lleva consigo una ocupación permanente a gran escala.

Por el lado de los costes, no es difícil imaginar el enorme esfuerzo que cualquier país debería realizar para lanzar una ofensiva a gran escala y mantener una ocupación, dado los actuales sistemas de armas a disposición de las fuerzas armadas.

En segundo lugar, también parece claro que los gobiernos democráticos se encuentran, en gran medida, prisioneros de sus opiniones públicas, cuyas mayorías teóricamente representan. Es más, el propio sistema favorece que se eviten posturas radicales y violentas. La libertad de opinión permite que toda acción de los poderes públicos pueda verse sometida a juicios y críticas; el peso del militarismo ha desaparecido en la práctica, quedando los oficiales integrados en la sociedad en general, sin mayor influencia en la toma de decisiones que otros grupos sociales; el creciente bienestar obliga a una valoración conservadora ante alternativas aventureras de oscura resolución.



Que no se hayan dado luchas entre democracias en los dos últimos siglos puede servir de justificación empírica de esta teoría.

Todo ello ha alzado una visión de la guerra no ya como algo de dudosos beneficios y de difícil legitimación política, sino como un fenómeno esencialmente "impensable" en una sociedad que se dice avanzada. Si la guerra resulta poco rentable, o perjudicial, conlleva un nivel de violencia y destrucción significativo o puede dilatarse en el tiempo, se puede comprender por qué se está produciendo una transformación cultural, quizá incluso a nivel inconscien-

unas expectativas de bajas muy reducidas, y a un precio razonable.

### LOS ESTADOS REVOLUCIONARIOS

No obstante dos podrían ser aún, a tenor de la experiencia histórica, las causas para una eventual acción bélica de envergadura entre las potencias europeas avanzadas: por un lado, la necesidad de asegurarse la tranquilidad estratégica mediante la formación de zonas o estados tampones; por otro, el deseo de concretar un proyecto hegemónico en un corto espacio de tiempo.

Es más, producto de la virtud o de la necesidad, los altos mandos militares de Rusia hablan ya de forjar una barrera defensiva a través de nuevos despliegues en las fronteras con Bielorusia y Ucrania, no más acá. Es más, la necesidad de contar con un territorio de interposición tiene su sentido en un clima de enfrentamiento entre bloques y no en uno de creciente cooperación y transparencia. Las medidas de creación de confianza pueden, en gran medida, llegar a despejar temores, dudas y suspicacias sobre los movimientos militares de otros. Si Rusia se normalizara en el futuro, jugando con las mismas reglas internacionales a las que estamos acostumbrados las democracias occidentales, su poderío militar no tendría que causar más preocupación que la que los españoles mostramos sobre Francia, o los belgas sobre el Reino Unido.

Más temores parece despertar la posibilidad de un proyecto hegemónico en Europa, algo típicamente alemán. No se suele decir, pero la Alemania unificada provoca el despertar de viejos fantasmas en sus socios comunitarios y atlánticos y en sus vecinos del Este. Sin embargo, la posibilidad de que Bonn/Berlín movilice sus fuerzas para convertirse en el amo de Europa es, bajo las actuales condiciones, una opción nada plausible. Ciertamente, la nueva Alemania goza de un poderío en lo económico, político y militar, mayor que durante estas décadas pasadas, pero profundos cambios sociales, de difícil y lenta transformación, han tenido lugar en todos estos años, que hacen de Alemania una nueva sociedad, absolutamente distinta de la Alemania guillermina o hitleriana.

Para empezar, la Alemania de hoy es una potencia de cuyos principios y valores democráticos nadie puede desconfiar. Sólo una vuelta al autoritarismo favorecería el regreso del militarismo alemán y eso es algo que el actual sistema político no permite augurar; en segundo lugar, el fuerte desarrollo económico, el milagro alemán, ha cambiado de manera notable la estructura social y de clases del país. No sólo no existen los junker como grupo social, sino que los milita-



te, del fenómeno bélico, sobre todo en una sociedad que viene perdiendo históricamente los valores militaristas de épocas anteriores, como es la europea occidental.

Eso explicaría las controversias y las dificultades de los líderes políticos para buscar el apoyo popular a acciones como la del Golfo y que cualquier acción bélica deba contar con una potente legitimación social (la ayuda humanitaria en Bosnia, por ejemplo), con unas perspectivas de éxito a corto o cortísimo plazo, con

Lo primero ha sido una constante del pensamiento soviético, pues no otra era la finalidad de la ocupación de los centroeuropeos y de la parte Este de Alemania: llevar lo más lejos posible de sus fronteras la confrontación con el Occidente. Rusia pudiera, según muchos, heredar de la URSS las mismas preocupaciones territoriales. No obstante, hoy por hoy, que Moscú pueda intentar garantizarse una especie de cordón sanitario está, sin lugar a dudas, más allá de lo razonable a tenor de su debilidad domés-

res se han visto totalmente civilizados, integrados socialmente, no representando tampoco ninguna élite que pueda o quiera imprimir una dirección determinada a la política nacional; en fin, los miedos alemanes a su seguridad están desapareciendo y, sobre todo, los beneficios internacionales que se pueden conseguir, Alemania puede lograrlos a través de otros medios más pacíficos. No necesita incorporar a la fuerza la República Checa, si controla sus bancos y sus inversiones; no necesita llegar a París, Londres o Madrid con sus modernos Panzers, los Leopards, si el marco le otorga mayor capacidad de decisión en el seno de la CE, por poner un ejemplo.

### **LAS LUCHAS NO ESTRATEGICAS**

Que la amenaza soviética haya desaparecido y que un conflicto entre las potencias occidentales parezca impensable no significa que la guerra haya sido abolida en Europa. Afirmarlo sería negar los hechos. Sin embargo, las guerras que actualmente no se asemejan en nada ni a las dos guerras mundiales ni a las hipótesis de un conflicto con el Este: no son estratégicas.

En primer lugar, por su escala, quedando voluntariamente autocontenidas en regiones bien precisas. La Gran serbia de Milosevic no busca realizarse más allá de las fronteras de la antigua Yugoslavia, sino robando territorios a Croacia y Bosnia. Esto es, más allá de un pequeño perímetro, no se da una auténtica vocación imperialista que pudiera hacer saltar por los aires todas las antiguas fronteras de la extinta Yugoslavia. Milosevic no pretende escalar el conflicto contra los vecinos occidentales o del Este, como Armenios y Azeríes tampoco quieren enredarse en batallas contra los rusos. Cualquiera que sea el status de los contendientes, sus aspiraciones caben muy bien dentro del concepto de guerra civil.

En segundo lugar, por su lógica, que no responde a la racionalidad estratégica de costes y beneficios más arriba mencionados, sino, en buena parte, a los sentimientos y emociones de pueblos y etnias en su afirmación frente y contra los demás. Es la iden-

idad de sangre, de raza, de etnia, lo que inspira a los combatientes y determina el horror arbitrario de los enfrentamientos. No hay recursos secretos, economías que capturar, ni cerebros a los que explotar.

En tercer lugar, por su escasa importancia para afectar negativamente al equilibrio del sistema europeo. Puede ser triste, pero mientras las economías y la estabilidad política de los occidentales estén a salvo -y eso seguirá así mientras no se involucre en las luchas a una de sus potencias- las regiones actualmente en guerra pueden muy bien seguir desangrándose: no hay un fuerte comercio interrumpido, ni aspiraciones hegemónicas por parte de algún observador, ni riesgos directos para ningún país. Cierta, flujos de refugiados pueden causar problemas en los vecinos, pero aún así, serán menores. Es más, la huelga de camioneros franceses a comienzos del verano hizo en una sola semana mucho más daño al bienestar occidental que un año de violencia serbia.

### **LA PAZ DIVISIBLE**

Que la paz y seguridad es hoy un bien escaso para algunos europeos es un hecho. Y, por lo tanto, también es un hecho que la seguridad es hoy perfectamente divisible en el viejo continente, porque la violencia afecta de muy desigual manera a unos y otros. Con fuerza a los combatientes, con temor a sus vecinos, con espanto a los ciudadanos, con distancias a la mayoría de los gobiernos.

La amenaza soviética por su intensidad y alcance afectó a todos los europeos por igual. Como sospechábamos entonces y ahora sabemos gracias a los archivos del Pacto y del ejército de la ex-Alemania del Este, los planes soviéticos, de materializarse un ataque, implicaban a un nivel de destrucción tan elevado o unos avances tan profundos que nadie se encontraría a salvo. Ni los Pirineos se consideraban una barrera. De ahí el firme cimientamiento que consiguió que 16 países, con más o menos reticencias, fueran capaces de acordar posiciones comunes y un sistema de defensa integrado.

El carácter limitado, no estratégico, de las luchas hoy abiertas en Europa, imposibilita la toma de decisiones colectivas. Es complejo encontrar una parte a la que responsabilizar, es dudoso que una acción militar decidida consiga resolver las hondas diferencias políticas y humanas entre las partes en lucha, y a veces se juzga como muy elevado el precio de tal acción pacificadora. Puede que sea un claro error, pero no es un disparate afirmar que El Salvador está más cerca de España que Bosnia.

Dos son los justificantes para una acción colectiva, porque dos son las posibles razones que afectan a los europeos por igual: por un lado, el espanto moral de dejar que se maten personas y pueblos dominados por la sinrazón; por otro, juzgar que la inacción puede servir de ejemplo, malo, desde luego, a otros líderes nacionalistas, promoviendo indirectamente un sin fin de explosiones en otras regiones potencialmente conflictivas por su falta de homogeneidad étnica.

Ahora bien, la moral y la política muchas veces están reñidas. Y en cualquier caso no son siempre claras las obligaciones: ¿Acaso es más moral enviar a nacionales para que mueran intentando que dejen de matarse pueblos lejanos? Por otro lado, quienes ven en Yugoslavia un peligro como ejemplo deberían demostrar que la mala gestión de la crisis, el cambio de posiciones y la posterior impotencia occidental realmente alimentan la violencia en otras zonas. Es más, si estos potenciales conflictos se asemejan a los ya abiertos en su naturaleza limitada, marginal o no estratégica, cabe sinceramente preguntarse por su impacto sobre nuestros intereses y seguridad, más allá de la conciencia humana.

La guerra fría y la bipolaridad nos ha hecho olvidar fácilmente que la guerra es posible. Es más, que la guerra es posible en Europa sin que ello signifique su destrucción o su completa inestabilidad. Los españoles deberíamos saber algo de eso, puesto que, desde la neutralidad y la no beligerancia, contemplamos desde la lejanía las llamas de la I y de la II Guerra Mundial ■